

Presentación del libro de Luis García Ejarque: «La formación del bibliotecario en España»

Julián MARTÍN ABAD

Jefe de la Sección de Manuscritos, Incunables y Raros. Biblioteca Nacional (Madrid)

Confieso que al ponerme a redactar estas líneas me exigí a mi mismo no convertir esta presentación del libro *La Formación del Bibliotecario en España* en un homenaje al autor, en primer lugar por que ya disponemos de un volumen titulado *Miscelánea- Homenaje a Luis García Ejarque*, aparecido en 1992, en cuyo índice agradecida y gustosamente aparece mi nombre con un brevísimo artículo «algo» erudito. Pronuncio entrecomillado ese pronombre cuantitativo. En la introducción a ese Homenaje se definía a nuestro personaje-autor de hoy como prototipo del bibliotecario moderno, pragmático y buen gestor, frente al bibliotecario puramente erudito, y bibliófilo, enamorado del libro como objeto, pero de espaldas a la demanda social, que con tanta abundancia ha producido el Cuerpo Facultativo de Archiveros y Bibliotecarios». Debí utilizarse sin duda en lugar del pretérito perfecto compuesto del verbo producir, el pretérito perfecto simple: «produjo» y matizarlo con una frase como «en algún momento», o tal vez como «hace bastante tiempo». Quiero señalar —*aequo animo*— que esa frase no define del todo el talante de Luis García Ejarque y además que no es del todo acertada porque implica el olvido de las diversas especialidades existentes en y exigidas socialmente a la profesión bibliotecaria. En alguna página de este libro se dice claramente que el bibliotecario «debe fabricarse a la medida de los fondos bibliográficos con los que ha de trabajar», teniendo en cuenta el tipo de lectores a los que ha de atender.

En este libro en que se arranca lógicamente de una fecha básica en nuestra historia bibliotecaria, el año 1712, data en que nace la primera biblioteca pública española de patrocinio oficial, la Real Librería Pública de Madrid o Biblioteca Real, vamos a encontrar una clara justificación del porqué de algunas de esas individualidades profesionales que ahora nos parecen

desviadas negativamente hacia lo erudito. Dando por cierto un contenido semántico, claramente peyorativo, a ese término, que no aparece en el Diccionario de nuestra Academia. Erudito es adjetivo que califica a una persona instruida en varias ciencias, artes y otras materias. Es sin duda persona que procura siempre ofrecer unos datos onomásticos, geográficos o cronológicos, fiables. Y quienes conocemos bien al «erudito» Ejarque sabemos también de esa pasión, que en modo alguno tildaré de reprochable gesticulación chapada a la antigua. Claro está que algunos personajes literarios y hombres de carne y hueso, han incorporado al término erudito un bagaje semántico plenamente negativo. Baste en recordar el encuentro del valenciano Victoriano Terraza, *alias* Víctor Terrazas con Rafael Mella, un aragonés, en ese justo instante muy feliz, opositor por cierto al Cuerpo Facultativo, —«su especialidad: el siglo xv»— en *La Calle de Valverde* de Max Aub, *allá por los días de la dictadura de Primo de Rivera*. Su felicidad proviene —nos lo cuenta el otro personaje— porque «había encontrado un rastro de la leyenda de los Siete Infantes de Lara, en un cantar de gesta francés, que se le escapó a don Ramón Menéndez Pidal». El aragonés «da pelos y señales», lógicamente. Terraza le corta en brazos de su ira y proclama: «Un erudito... es un ser que busca una ficha para restregársela en las narices a un compañero. Bueno, lo de compañero es un decir. Lo mismo da que el dato sea importante o no. Lo que cuenta es el hallazgo y que rectifique una aseveración cualquiera de otro. Entonces, ¡oh gloria! miel sobre hojuelas. No os importa saber sino rectificar, acumular cagaditas de mosca, puntos suspensivos: donde dijiste K, es KK. Falseados por la base, encerrados, encajonados, encarcelados, miopes de nacimiento. Y oléis mal porque no tenéis tiempo ni para lavaros, no sea que llegue otro antes y cace el gazapo...»

Sin duda alguna el contexto que el autor de este libro construye amorosamente nos permitirá un juicio más ecuánime. No debemos olvidar que surgió primero una necesidad y que esa necesidad concretísima tópica y crónicamente dará origen al nacimiento de un profesional y lógicamente de unas técnicas adecuadas para cubrir esa —insisto— concretísima necesidad.

García Ejarque selecciona algunos textos, con buen criterio y con mucho acierto, que nos permiten acercarnos a las opiniones de los Bibliotecarios Mayores de la Real, a veces contrapuestas, como es el caso de las de Antonio de Vargas y Pedro de Silva, allá por el ochocientos, permitiéndonos perfilar las exigencias para un nuevo profesional. Es curiosa esa indicación del segundo de los citados cuando afirma que «la ciencia propia de los Bibliotecarios es la ciencia Filológica; y así todos deben ser Humanistas y conocedores de libros; esto es, instruidos en la Historia literaria.» Claro está que apreciaremos correctamente la afirmación si tenemos en cuenta qué entendían al referirse a un «literato», en 1802, aquellos bibliotecarios.

Estas antiguas exigencias, y otras que provienen de profesiones que irán paulatinamente desapareciendo, como las de «Revisores de firmas y pape-

les sospechosos» y las de «Lectores de letra antigua», incorporarán obligaciones al Cuerpo Facultativo de Archiveros y Bibliotecarios que han llegado a nuestros días, como la de ejercer de peritos grafocríticos, cuando — y hablo por propia experiencia— de tal obligación pública ninguna preparación se nos había exigido o se nos había proporcionado en su momento antes de llegar destinados a una Biblioteca Pública o Universitaria.

Yo señalaría en el libro que hoy presentamos dos bloques claramente diferenciados. El historiador García Ejarque reconstruye minuciosamente la peripecia, agradablemente narrada y sin que falte el juicio ponderado que permite la distancia temporal, de todas las actuaciones tanto de iniciativa particular como institucional, desde el aludido año 1712 y hasta la desaparición de nuestra siempre bien recordada Escuela de Documentalistas con el nombre postrero de Centro de Estudios Bibliográficos y Documentarios. Destacaré el interesantísimo capítulo III dedicado íntegramente a la Escuela de Diplomática. Informaciones precisas nos ofrece sobre las cátedras de Bibliología que trataron de cubrir el hueco dejado por aquélla y aunque en este libro ya no se analizan con todo detalle, por resultar claramente marginales a su objetivo, no debemos dejar de señalar que han sido magníficas canteras formativas de bibliotecarios, bien dirigiendo a los interesados a la Escuela de Documentalistas, o animando proyectos de investigación bibliográfica que empujaron a muchos a elegir la profesión. Destaco su cariñosa atención a todas las iniciativas y actuaciones valencianas, que no son pocas en esta interesante historia: la Biblioteca-Escuela y la Escuela Nacional de Bibliotecarios, de las que fue alma María Moliner, o el Cursillo de Formación y Selección de cincuenta encargados de Bibliotecas convocado por el Gobierno de la II República instalado en Valencia, en noviembre de 1937. Las varias Escuelas de bibliotecarias, la barcelonesa, la del Instituto Internacional o de la Residencia de Señoritas, y la de más corta historia de la Universidad de Navarra, se presentan con todo lujo de detalles, tras señalar que la profesión se transforma en mayoritariamente femenina y, siempre atento al dato onomástico y cronológico preciso, recordar el nombre de Angela García Rives como primera mujer que ingresa por oposición en el Cuerpo Facultativo en 1913. Presentando estos centros docentes señala la tendencia a una «preparación bibliotecaria —son sus palabras—, en la que a lo humanístico se añadía ya lo técnico, pero a base de la orientación biblioteconómica anglosajona».

En los dos capítulos finales, en que se ocupa de las Escuelas Universitarias y se presenta la incidencia en la formación profesional de la Ley Orgánica de Reforma Universitaria, el autor es un minucioso cronista, muy cauteloso ciertamente. Deja constancia de la legislación, de los programas, de la bibliografía disponible, pero sin duda alguna están demasiado cerca las actuaciones para atreverse a aplaudirlas o denostarlas.

Sin duda uno de los valores fundamentales del libro que presentamos y que salta rápidamente a la vista es la rica información legislativa y bi-

bliográfica, complementada con una buena selección de textos de interés y la reproducción de un número importante de programas vigentes en las sucesivas instituciones comprometidas en la formación de un profesional que ha evolucionado para bien o para mal, aquí cada cual defenderá su opinión y yo igualmente tengo la propia. Me atrevería a señalar que en algunos aspectos es un magnífico punto de arranque para analizar con mayor pormenor algunos temas: por ejemplo la evolución de las exigencias a lo largo de las oposiciones oficiales y sus consecuencias reales; la problemática terminológica «Bibliología» versus «Bibliografía» en la historia de los programas docentes y no solo terminológica sino también de contenido que afecta de hecho a otros términos, como «Biblioteconomía» o «Documentación»; etc.

No falta tampoco en esta obra la valiosa información sobre algunas publicaciones, fruto inmediato de determinadas Escuelas, como es el caso de *Biblioteconomía*, de la Escuela de Bibliotecarias de Barcelona, o sobre los rarísimos 21 números de *Libros*, del Instituto Internacional, aparecidos entre 1933 y 1936, inencontrables en nuestro país. La existencia de una colección completa en Nueva York, de la que Ejarque nos informa, nos hace esperar que algún día dispondremos de un facsímil o al menos de un estudio pormenorizado.

El subtítulo, o en jerga, la información sobre el título de este libro pudiera desorientar a alguien: *De la Paleografía y la Bibliografía a la Biblioteconomía y la Documentación*. Se señala una evolución globalizada, no una sustitución de unas ciencias o técnicas, prescindiendo de problemas definitorios, por otras. Y por supuesto en ningún caso de una desvalorización. La diversificación acelerada de los soportes y de los procedimientos de presentación de los textos, en su más laxa acepción, y las modificaciones cuantitativas y cualitativas observables en el lector —desde el niño al investigador más sofisticado— exigen cada día más el reconocimiento de especialidades profesionales.

Este libro permitirá sacar conclusiones. Me he dedicado en la relectura a observar si quedaban malparadas algunas parcelas a mi entender con posibles consecuencias negativas muy graves. Confieso que aunque pesimista al respecto, me ha sorprendido gratísimamente encontrar como asignatura optativa del tercer curso en la Escuela Universitaria de Biblioteconomía y Documentación de la Universidad Complutense de Madrid la de «Fondos bibliográficos antiguos». Su aparición como *rara avis* en la secuencia de programas que García Ejarque ofrece me ha animado a conocer su contenido, pues curiosamente aparece bien primada con 10 créditos.

La Profesora responsable en el Curso 1993-1994 es la Dra. Fernández Valladares, a quien agradezco haberme dado a conocer el programa en cuyo encabezamiento aparecen unos objetivos docentes que me permito leer: «En el marco de la formación biblioteconómica general que debe adquirir el estudiante de Biblioteconomía y Documentación y, teniendo en

cuenta la situación particular de las bibliotecas españolas cuyos fondos están integrados en un alto porcentaje por libros antiguos, esta asignatura tiene como objetivo principal el proporcionar los conocimientos básicos para el tratamiento de los documentos bibliográficos antiguos con una doble finalidad: la formación teórica y técnica adecuada de los futuros bibliotecarios especializados en este tipo de materiales —de ahí su carácter de asignatura optativa—; y la difusión general de unos conocimientos y, sobre todo, de unos «valores» biblioteconómicos, requeridos por este tipo de documentos y que configurarán, además, las demandas de los usuarios particulares de ellos. Fundamentada en unos sólidos conocimientos previos de Historia del libro, la asignatura es de carácter teórico-práctico y presta una atención especial a la perspectiva teórica y metodológica de la bibliografía material». Insisto en mi grata sorpresa ante esta actuación, que viene a recuperar plausibles enseñanzas de nuestra Escuela de Documentalistas, que nos permitieron a muchos elegir nuestra parcela de amor y generoso servicio como bibliotecarios. Invito a otros compañeros, —todos leerán con gusto este libro—, a analizar otras parcelas y a ofrecernos conclusiones. El *Boletín de la ANABAD* es a todas luces el mejor foro. En ese mismo programa antes citado aparece también la asignatura optativa «Documentación musical» y no sorprenderá a nadie que haya dedicado un poco de atención a la abundante y variadísima producción musical y sobre música.

Es de justicia destacar la bella presentación de este volumen de la Colección *Estudios de ANABAD*. Del acierto es responsable la Editorial Arco Libros y justo es nuestro reconocimiento público.

Gracias Luis por este libro que tiene un poco de la historia de cada uno de nosotros. Te señalaré que has sufrido un lapsus en el apellido de un antiguo archivero. Como si nos encontráramos en el viejo café *María Cristina*, con los antes recordados personajes de Max Aub, te diré, ¡pecador erudito!, que el segundo apellido de Guillermo Forteza es «Valentí», no «Valiente». Lo sé porque es personaje que me cae simpático y por eso lo digo, no por el malévolo pecado erudito de hacerte rectificar. Guillermo Forteza fue uno de los primeros alumnos de la Escuela de Diplomática y fue sin duda un magnífico escritor, muy amigo de Fernán Caballero y amigo de Angel María de Barcia, —en lo posible amigo apostillaría éste—; trabajó algún tiempo en mi querida Alcalá de Henares, viviendo en una celda del antiguo convento capuchino de Santa María Egipcíaca, a pocos pasos del lugar donde naciera Miguel de Cervantes. Me atengo, claro está, a la presión tópica que fijara Astrana Marín. Pero me estoy saliendo del tema de que se me pidió hablar. Muchas gracias.